

Fragmento

La primera parte de **Las sílabas azules** se llama "Vínculos". Se reproduce aquí el primer artículo de esta parte, dedicado a Eunice Odio. No se reproducen ni el apéndice ni la bibliografía.

LA APÁTRIDA CELESTE

¡Salud, oh polvo
oh desterrado primordial
oh apátrida celeste!
Eunice Odio,
EL TRÁNSITO DE FUEGO

N.B. Para obtener la información sobre los años en Costa Rica de Eunice Odio recurrí a muchas personas. Debo agradecer particularmente la colaboración de don Jaime Garita, Jefe de Constancias del Registro Civil, de doña Enriqueta Castro, directora del Museo del Colegio Nacional de Señoritas; de don José Luis Odio Carrasquilla; de doña Clemencia Odio Naranjo; de don Ulises Odio Santos; de doña Ana María Rodríguez Salazar; de don Alberto Cañas Escalante; de don Isaac Felipe Azofeifa; de don Oscar Barahona Streber; de don Hernando Muñoz Mas; de doña Lolita Mas de Muntzing (q. e. p. d.); de don Edgar Mora, fotógrafo; del personal de los Archivos Nacionales, de la Biblioteca Nacional y de las escuelas Julia Lang, Vitalia Madrigal, Mauro Fernández, España.

En el paraíso de los grandes poetas debe estar Eunice Odio; pasados ya la pobreza, la enfermedad, la incompreensión y el aislamiento que la rodearon. Allá debe estar, tomando el té con T. S. Eliot, mirando el mar con Saint-John Perse o intercambiando secretos de métrica con Sor Juana Inés de la Cruz. Libre, al fin, y eterna, siempre hermosa y lúcida, sonríe maliciosamente por el legado que dejó. Ninguna otra figura literaria nacida en Costa Rica tiene la atracción de su dimensión proteica. Nacida bajo el signo de la belleza y la inteligencia, terminó destruida por la pobreza, el alcoholismo y la soledad. Su vida tiene todo lo que puede atraer al gran biógrafo.

Con las lecturas que pudo conseguir en un medio tan restringido como el del San José en que nació, con los viajes que pudo hacer en América —nunca cruzó el Atlántico— construyó una obra monolítica y única.

Muchos misterios tiene su vida; pero el más grande es éste, que no ha sido despejado todavía; cómo logró acumular en el estrecho provincianismo josefino la erudición y esa vasta visión del hombre que plasmó en EL TRÁNSITO DE FUEGO.

Plantea también Eunice Odio problemas de historia literaria que ni siquiera se han abordado. Porque, en medio del realismo socialista de los años treinta y cuarenta, en ese nerudianismo que mucho influyó e influye todavía en la creación poética centroamericana, muy ubicada con la identificación política en la izquierda, creó una obra como ésa, inédita, estéticamente a contracorriente y profundamente religiosa en el sentido de querer unir un mito con el hombre. En nuestra perspectiva, resultan secundarios los escándalos que causó su condición de mujer libre. Su independencia, su carácter fuerte y polémico le ganaron muchos enemigos; pero no se le puede acusar de escritora partidista, ni mucho menos de tener fama debido a su posición política.

La obra de Eunice Odio exige ser juzgada al margen de toda opinión moral sobre su vida, aunque su vida y su obra están inextricablemente mezcladas. Mucho odio suscitó y suscita todavía Eunice Odio, a quince años de su muerte. Este odio impide, en parte, que su obra se conozca objetivamente.

Esta es la palabra que hay que tener presente: objetividad. Más cuando se da la realidad de que los problemas bio-bibliográficos de Eunice son formidables y complicados. No existe un albacea de su obra, al menos por el momento, que quiera publicarla desinteresadamente. Por otra parte, sus viajes y su misma mitomanía, nacida de la dureza de su vida, complican todo intento de fijar objetivamente el itinerario de la poetisa. La obra poética y los elementos biográficos se hallan desperdigados en no menos de seis países: Costa Rica, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, México y Estados Unidos.

En todos ellos vivió y trabajó, publicó poemas, participó en actividades literarias y artísticas, tuvo grandes amistades. Otro problema formidable es el real resentimiento que se le tiene todavía y el rechazo del "establishment" literario, por lo menos en Costa Rica, a leerla.

Por ser mujer, su obra deja de tener importancia; no cuenta que EL TRÁNSITO DE FUEGO sea una obra monumental. Sencillamente por haber sido mujer, y una mujer irrespetuosa además, el poema que escribió no debe respetarse.

Eunice Odio nació en Costa Rica, fue ciudadana guatemalteca y ciudadana mexicana. Pero el único país que ha querido hacerla suya es Costa Rica. A su muerte, la prensa mexicana la definió como costarricense.

Por otra parte –recordando la cita de Sergio Ramírez con que comenzamos el libro– paradójicamente, si hay una obra que rescata a la poesía centroamericana de su provincianismo, de su estrechez y de su aislamiento, es EL TRÁNSITO DE FUEGO.

EL TRÁNSITO DE FUEGO está inmerso en corrientes universales de la poesía. Pero únicamente en los últimos años se ha venido a leerlo más.

En Costa Rica, aparte de los poemas del REPERTORIO AMERICANO, aparte de algunas menciones en la prensa, el silencio en torno a Eunice fue casi total hasta su muerte.

No la menciona Abelardo Bonilla en la HISTORIA DE LA LITERATURA COSTARRICENSE, quien sin embargo dedica mucho elogio a su gran amiga Yolanda Oreamuno Unger.

Después de la muerte de Eunice en mayo de 1974, surgieron publicaciones en los periódicos. José León Sánchez presentó una entrevista póstuma en que atestigua la ruina física por causa del alcohol, que ya gobernaba sus últimos días, y la miseria en que vivía. MORIR MEJICANA, EL ÚLTIMO DESEO DE EUNICE ODIO, fue el título de esta entrevista póstuma, notable por la percepción que Sánchez tuvo de la decadencia final del genio.

Ya Eunice no trabajaba ni escribía; vivía de la bondad de artistas mexicanos. Se encerraba por horas en su apartamento; ya estaba muy enferma. A pesar de su pobreza, observó Sánchez, poseía una gran colección de cuadros originales de Sequeiros, Tamayo, Cuevas y Rivera.

Otro artículo, menos coherente y hasta cierto punto virulento, fue publicado en LA NACIÓN: UNA RECREACIÓN DE LA PERSONALIDAD, VIDA Y OBRA DE LA ARTISTA COSTARRICENSE QUE FALLECIÓ EN MÉXICO.

El interés de este artículo radicaba en enfatizar el problema de alcoholismo que había padecido Eunice, magnificándolo fuera de toda proporción, haciendo alusiones a la libertad de costumbres que siempre la caracterizó, pero con un tono peyorativo que no tardó en levantar reacciones. Su prima hermana Gilda Odio de Pasos publicó una nota en su defensa en el mismo periódico; otras mujeres también.

En junio de 1974 apareció una nota en la que Virginia Sterloff reseñaba un homenaje a Eunice Odio. Fue organizado por Carlos Martínez Rivas y Carlos Rafael Duverrán, en colaboración con Carmen Naranjo y con Inés Trejos de Montero, en la Sala de Conferencias del Ministerio de Cultura. Participaron Alfonso Chase, Carlos Luis Sáenz, Carlos Rafael Duverrán y Carlos Martínez Rivas, quienes leyeron poemas.

Cuando José León Sánchez entrevistó a Eunice en México poco antes de su muerte pudo constatar que aun guardaba rastros de su vivacidad original, de aquella alegría y empuje con que Polimnia bendijo al nacer a la niña Yolanda Eunice Infante Álvarez quien, según consta en el Registro Civil de San José, en la sección de Nacimientos, al tomo 136, folio 037, asiento 037 de la provincia de San José, nació a las siete de la mañana del dieciocho de octubre de 1919, en el Distrito Hospital. Fue declarada hija natural de Graciela Infante Álvarez, por medio del recomendado Aniceto Odio Escalante, de hecho padre de la niña. No se sabe mucho sobre Graciela Infante. Tuvo a su hija a los diecisiete años, y murió a los treinta y dos. Según el testimonio de don José Luis Odio Carrasquilla, primo hermano de Eunice, Graciela no crió a su hija y desde niña ésta vivió en las casas de los hermanos de su padre.

El 14 de febrero de 1934 murió Graciela Infante, soltera. En aquel mismo año, a las diez horas del 13 de noviembre de 1934, ante el notario Emiliano Odio Méndez, Aniceto, que seguía soltero, reconoció como legítima a su hija. Aquel día, la niña tenía quince años y tres semanas de edad.

Según su propia declaración, que fue corroborada por José Luis Odio, Eunice hizo únicamente estudios primarios, y después se puso a trabajar, lo cual era el destino de los vástagos de familias de pocos medios.

La señora Clemencia Odio Naranjo recuerda que Eunice vivió con ella y con su madre, la señora María Naranjo, tres o cuatro años después de cumplir los quince años, es decir, entre 1934 y 1937, en una casa de la Avenida Diez, cerca de la Farmacia Victoria, que en el momento de escribir esto todavía existe. Debido a un problema de carácter familiar dejó de vivir con ellas y se fue a vivir en casa de Eladio Odio Escalante, en Paseo de los Estudiantes.

Ahí se reanuda su rastro documental. Su primo José Luis Odio recuerda que él era el encargado de despertarla para que fuera a trabajar al Correo, muy temprano a las seis de la mañana.

En los Archivos Nacionales, en las planillas del Gobierno de la República de diciembre de 1937, en el rubro Secretaría de Gobernación, en la lista de servicio de los empleados de Correos, Departamento Interior, aparece:

“Eunice Odio/mujer/Ocupación: nominista chequeadora.

Días servidos: 31.

Dotación mensual según presupuesto: 75.00 colones.

Deducciones: 1.00.

Total sueldo líquido: 74.00 colones.

Pagado: Giro N ° 007-1. 23 de diciembre de 1937.”

En julio de 1938 todavía aparece desempeñando el mismo puesto; se le pagó el primero de agosto de 1938. Pero ya en diciembre de 1938 no aparece en planillas, ni en “Empleados enfermos”; tampoco en enero de 1939.

Según José Luis Odio, Eunice se fue de su casa poco antes de casarse; no recuerda cómo conoció a Enrique Coto Conde; parece que fue en casa de amistades comunes.

El sábado 27 de mayo de 1939, en la página 2 del periódico LA PRENSA LIBRE, aparece una nota que dice así:

LA BODA DE MAÑANA COTO CONDE-ODIO INFANTE

En la parroquia de Nuestra Señora de la Soledad, mañana a las 17 horas (5 p. m.) el M. I. Sr. Canónigo Doctor don Carlos Borge, oficiará la ceremonia matrimonial de los estimables jóvenes Lic. Don Enrique Coto Conde y la señorita Eunice Odio Infante, la cual anunciamos en días pasados. El acto se ha de efectuar dentro de muy severa y estricta intimidad familiar. Saludamos a los jóvenes prometidos, al anunciar ante nuestra sociedad el acto que han de efectuar para constituir su nuevo hogar, al que deseamos muchos años de ventura y felicidad.”

El miércoles 31 de mayo de 1939, en LA PRENSA LIBRE, aparece la nota social en que se reseña la boda de Eunice. Tiene el mismo tono ceremonioso de las crónicas sociales de entonces, que pervive en nuestros días, y únicamente se hace énfasis en el carácter privado de la ceremonia y la recepción. (Ver apéndice) La nota la completaban tres fotografías, una de la novia, otra del novio y una de Miriam Goyenaga Peralta.

A pesar de los parabienes del cronista social, lo cierto es que el matrimonio no tuvo éxito. A las dieciséis horas del tres de junio de 1943, es decir, casi exactamente cuatro años después de celebrado el matrimonio, se inscribió el divorcio en el Registro Civil. Enrique Coto Conde contrajo después nuevas nupcias.

Parece que la misma Eunice consideró terminado el matrimonio mucho antes de que fuera inscrito el divorcio. Por lo menos así lo recuerda Ana María Rodríguez Salazar (Nota de 2007: Doña Ana María Rodríguez Salazar había nacido el 10 de noviembre de 1926 y falleció el 9 de enero de 2004.)

La señora Rodríguez, nacida en 1926, comenzó a trabajar en 1941 en las Compañías Eléctricas. Vivía en San Pedro. Tomaba todos los días el tranvía hacia el centro de San José. En aquel tranvía conoció a Eunice, quien subía y bajaba siempre en la Botica Mariano Jiménez. Otras personas que viajaban eran Carlos Peña, Rafael Sotela y Carlos Aymerich. (Nota de 2007: Doña Ana María Rodríguez Salazar había nacido el 10 de noviembre de 1926 y falleció el 9 de enero de 2004.)

Eunice ya estaba separada. Contaba que la habían casado a la fuerza y que el matrimonio había durado poco. Algo similar habría de decir por carta a Juan Liscano, muchos años después, pero alterando tanto su edad como la fecha del matrimonio.

Eunice y Ana María Rodríguez participaron en una tertulia que organizaba en su casa una maestra pensionada llamada Ninfa Cabeza de Mas, que también era amiga de otras muchachas que viajaban en el tranvía.

Doña Ninfa residía en una casa de madera con corredor y barandas por todos los lados, con bien cuidado jardín, en la Calle de los Negritos. A Eunice le agradaban las cosas bellas y siempre felicitaba doña Ninfa por su jardín.

La tertulia consistía en reuniones los sábados por la tarde. Las muchachas y doña Ninfa se reunían para leer, discutir de libros, tejer, bordar y tomar café.

Doña Ninfa empezó recomendándoles novelas de Pérez y Pérez, luego cosas más serias, como Stefan Zweig. Una vez vio a Eunice leer a Máximo Gorka y se lo reprochó, ya que era una dama muy católica. Eunice reaccionó vivamente, diciendo que ella tenía derecho a leer lo que quisiera, que sólo el catecismo había leído obligada.

Algunas veces, cuando hacía buen tiempo, el grupo se iba caminando por la línea del tren hasta que llegaban a la Aduana, por el actual Cine California. (*Nota de 2007: este cine ya no existe.*) Ahí se sentaban en unas gradas que daban a la línea del tren, y Eunice aprovechaba para ir a buscar a su padre, Aniceto Odio, al taller mecánico de los hermanos Odio, que quedaba cerca. Las otras la esperaban, y luego se devolvían todas juntas sobre la línea del tren.

Una vez, Eunice llegó a la tertulia con un libro de poesía de un poeta mexicano llamado Rodolfo Figueroa. Leyeron un poema sobre el baile que la había impresionado mucho. Según dijo, el libro se lo había regalado su abuelo.

La señora Rodríguez recuerda que Eunice siempre andaba sola. Nunca la acompañó nadie a la tertulia, ni en la calle, ni en el tranvía. A veces era agresiva, a veces encantadora; generalmente muy sincera y sin tapujos para expresarse. De ciertas conversaciones colige la señora Rodríguez que Eunice se inclinaba políticamente hacia la izquierda. También mostró interés por los temas esotéricos y sobrenaturales, y le gustaba que le echaran las cartas.

La señora Rodríguez la recuerda como una mujer pequeñita, de ojos verdes muy bellos y hermosa cabellera. Tenía algo exótico que llamaba la atención. Se vestía con sencillez, a menudo con blusas blancas muy pulcras.

En 1945 murió doña Ninfa; su hija Carmen continuó con la tertulia, pero Eunice no siguió asistiendo y la señora Rodríguez nunca más la volvió a ver.

(Pp. 9-15 de **Las sílabas azules**, 1991.)